

Alissa Walser

Siempre yo

Traducción de Claudia Baricco



Adriana Hidalgo editora

Walser, Alissa
Siempre yo - 1ª ed.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo editora, 2013.
178 p.; 19x13 cm (narrativas)
Traducido por: Claudia Baricco

ISBN 978-987-1923-29-8

1. Narrativa alemana I. Claudia Baricco, trad. II. Título
CDD 833

narrativas

Título original: *Immer ich*
Traducción: Claudia Baricco

Editor: Fabián Lebenglik
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina
1ª edición en España

© Piper Verlag GmbH, München 2011
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2013
www.adrianahidalgo.com

Maqueta original: Eduardo Stupía

ISBN Argentina: 978-987-1923-29-8
ISBN España: 978-84-15851-09-7

Impreso en Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

Tuya no es
(siento decirlo)
la historia contada.
Anne Carson



La traducción de esta obra fue subsidiada por el Goethe-Institut,
que cuenta con el apoyo financiero del Ministerio Federal de
Relaciones Exteriores de Alemania.

SIEMPRE YO

Él alza la mirada hacia mí. Será el primer muerto de mi vida, pero eso aún no lo sé. Lo que sé es que en el corazón tiene una bala y me sorprende que alguien pueda vivir con una bala en el corazón. No conozco a nadie más con una bala en el corazón. Y tampoco sé cómo es que esta llegó allí.

Más adelante, cuando mi madre me lo revele mientras enjuaga vajilla sucia y la va colocando en el lavaplatos, sentiré de pronto lo que es vivir sin una bala en el corazón. Por ahora debe seguir siendo un secreto. Algo entre ella y él como entre el Niño Jesús y el Conejo de Pascua. No algo grande, pero sí secreto.

A la edad en la que un niño aprende a atarse los cordones de los zapatos, yo me había mudado con mi madre, mis hermanos, sin mi padre y aún sin –le decíamos tío– tío Uwe a un nuevo apartamento. Un apartamento grande. Un apartamento con una habitación más. Una habitación más como un cubierto de más en la mesa puesta.

Ahora está arrodillado junto a mí –en mi recuerdo. Le veo la parte de arriba de la cabeza. Un ralo cabello canoso

corto, como puntas de fosforitos, que acaba como la espuma en la orilla al llegar a los rollitos de la nuca. En mi recuerdo tiene el rostro surcado de líneas como un sistema de irrigación. Y cuando su boca sonrío, su cabeza entera se inunda de su sonrisa. Parece un Buda. La versión gorda. La versión gorda y vieja.

Sostiene firme mi pierna derecha entre sus rodillas y va ajustando bien el cordón en todos lados donde puede. En el último ojal, en el anteúltimo y así continúa con los otros ojales de mis botas de niña color rojo laca. Número 31. Él, dedicado a su labor.

Abajo, dice, hay que apretar con el dedo para que quede bien tirante.

Parece fácil. A medida que van ascendiendo, los extremos sueltos de los cordones van quedando automáticamente cada vez más cortos. Al llegar al último ojal de arriba, él sostiene los extremos sueltos como si fueran riendas y tira y tira. Y al tirar me levanta la pierna y pierdo el equilibrio. Nos reímos cuando él me ataja.

No te caigas, dice. Me ayuda a levantarme, afirma bien mi pie sobre el piso y como por arte de magia hace aparecer, justo debajo de mi rodilla, un bello y simétrico moño.

Ahí está, dice. Y ahora tú.

Yo paso el cordón por los ojales inferiores de la otra bota. Tiro de los extremos.

Tira, vamos, tira, dice.

Yo me caigo para adelante, él me ataja.

No funciona. No va, digo.

Habla siempre en primera persona, siempre *yo*, dice.

Quizás funciona de otra manera, digo.

Bueno, enséñame cómo.

Yo voy pasando el cordón flojo de arriba hacia abajo, luego lo cruzo al otro lado y vuelvo a subir. Hasta la pantorrilla más o menos y comienzo a tirar. A la izquierda resulta fácil. A la derecha no se mueve nada. A la altura de la pantorrilla la caña de la bota está bastante ajustada. A la del tobillo el cordón es como un lazo suelto que sobresale por encima de la lengüeta de cuero.

Hm, dice, ¿así se sostendrá?

Es que hay que tener fuerza, digo.

Habla siempre en primera persona, siempre *yo*, dice. Y si mal no recuerdo, disimuladamente transforma el gesto de ese dedo índice que estaba por alzarse entre nosotros en un frotarse la comisura del ojo algo apenado.

Nadie sabe por qué, mi madre ha vuelto a cocinar pajarito de ternera.

Ya la combinación de palabras resulta indigesta. Eso no se puede comer. ¡Qué asco!

Habla siempre en primera persona, siempre *yo*, sonrío tío Uwe, y con un trozo pinchado en el tenedor delante de la boca abierta, un trozo en cuyo centro brilla un lloroso ojo de panceta, espera que yo me corrija.

Igual no se puede comer, esa porquería, cito yo sin delatarlo a mi hermano que a escondidas por lo menos

lo llama por su verdadero nombre: No se puede comer, esa carroña.

Yo sí puedo, declara tío Uwe, si es que con ese “no se puede” te refieres a mí también.

El tío Uwe, esa encarnación de la ausencia de mi padre biológico, era un amistoso ser fofo que nos respetaba a los niños como tales. A mí me caía bien, pero él no contaba. Y cuando uno de los niños se enfermaba, él lo cuidaba y le daba té de hierbas y le ponía paños fríos. Todo el programa altruista completo. Colocarle la mano sobre la frente, medir la fiebre.

Y el tiempo gira en círculos alrededor de sí mismo. Como la bala en su corazón. Yo contengo la respiración. Y el tiempo se detiene. La comida se enfría, el agujero se hace cada vez más grande. Yo pienso: el agujero en su corazón dentro del cual está la bala no es más que una esfera igual a la bala.

En un momento su tenedor baja al plato. Yo vuelvo a respirar. No sé si inspiro o espiro. Todos tienen la mirada puesta en sus platos y mastican. Sólo yo trago, sin masticar, haciendo un ruido fuerte y claro.